

» vesado en medio de un pueblo arrodillado. ¡ Cuán lejos está-
 » bamos de creerla en tal estado ! » Llegado á París, recibió
 las diputaciones del Senado, Cuerpo legislativo y Tribunado :
 era como un desagravio por los ultrajes hechos por la revolu-
 cion al sucesor de san Pedro. Cuatro obispos constitucionales :
 Lecoz de Besanzon, Lacombe de Angulema, Saurine de Es-
 trasburgo, y Raymond de Dijon, querian á toda costa estar
 presentes á la consagracion, sin haber suscrito á las condiciones
 que el papa habia estipulado respecto de ellos. Pio VII fué
 inflexible. Los obispos se sometieron, vinieron á echarse á los
 piés del pontífice, y le prometieron perfecta obediencia. Otra
 dificultad mas peliaguda se presentaba para el coronamiento.
 Napoleon, casado civilmente en 1796 con Josefina de La Page-
 rie, viuda del vizconde de Beauharnais, no habia recibido la
 bendicion nupcial de la Iglesia. El papa exigió que se cele-
 brase el matrimonio eclesiásticamente : Napoleon temia el es-
 cándalo y se negaba á ello; pero Pio VII declaró que si habia
 podido otorgar todo lo posible en el órden civil, no podia
 transigir con las doctrinas de la Iglesia. Solo consintió en con-
 ciliar todas las susceptibilidades en este asunto. En su conse-
 cuencia, la vispera de su coronamiento, á las once de la noche,
 se puso una capilla en el aposento del emperador, y á media
 noche el cardenal Fesch dió la bendicion nupcial al emperador
 y á la emperatriz. Fueron testigos Portalis y Duroc, gran ma-
 riscal del palacio : nada se traslució fuera. Cuando el cardenal
 Fesch llegó al papa, este se limitó á preguntarle : « ¿ Se celebró
 » el matrimonio? — Sí, beatísimo Padre. — Pues bien, no nos
 » oponemos ya al coronamiento de la emperatriz. »

7. La consagracion se verificó el 2 de diciembre en la cate-
 dral de París. « ¿ Prometeis, dijo el papa á Napoleon, mantener
 » la paz en la Iglesia de Dios? — Yo lo prometo, respondió
 » con firme acento el conquistador. » Sobrado pronto se ol-
 vidó de esta promesa. El papa consagró los últimos dias de su
 estancia en París al bien de la religion, que era el principal
 objeto de su viaje. Presentó una serie de peticiones relativas
 á las necesidades de la Iglesia, á la libertad del ministerio pas-

toral, á la supresion de muchos *artículos orgánicos*. Algunos
 cardenales hubieran querido que se aprovechase de esta cir-
 cunstancia para reclamar la restitucion de las tres legaciones ;
 pero el desinteresado papa no queria mezclar intereses tempo-
 rales con necesidades aun mas apremiantes, y únicamente
 atento al provecho de la religion, solicitó de viva voz y por
 escrito medidas que reparasen los pasados males y restituyesen
 á la Iglesia y á la Francia su antiguo lustre y establecimientos
 que habia arruinado la revolucion. La virtud, prendas y afa-
 bilidad de este venerable anciano le habian conciliado los áni-
 mos de todos, hasta de los mismos enemigos de la fe. Por fin,
 Pio VII regresó á Italia y entró en Roma el 16 de mayo
 de 1805. Aunque todo le parecia risueño, no le habian faltado
 ocasiones de manifestar su vigor apostólico durante este viaje.
 Ya soñaba Napoleon uná monarquía universal, y queria tener
 al papa en su manga. Con este objeto le hizo ofrecer confiden-
 cial y secretamente á Pio VII edificarle un palacio tres veces
 mayor que el Vaticano en París : el papa fijaria en él su resi-
 dencia, y desde allí Pio VII y Napoleon gobernarían el mundo
 en concierto mutuo. « Todo está previsto, respondió el vicario de
 » Jesucristo; antes de salir de Roma hemos firmado una abdi-
 » cacion en regla, valedera en el caso que perdiéremos la
 » libertad : el acta está fuera del alcance de los Franceses : el
 » cardenal Pignatelli la tiene custodiada en Palermo, y cuando
 » se habrán notificado los proyectos que se meditan, no os
 » quedará entre manos sino un pobre fraile, llamado Bernabé
 » Chiaramonti. » En la misma noche de esta sublime respuesta,
 mas gloriosa que la batalla de Marengo, el emperador firmaba
 las órdenes para la partida. A su llegada á Roma, el último
 vástago de los Estuardos, el cardenal de York, de edad de
 ochenta años, en su calidad de decano del sacro colegio reci-
 bió á Pio VII á la puerta de la basílica de San Pedro, y le feli-
 citó por su regreso. Durante su viaje y estancia en París,
 Pio VII logró de Napoleon el restablecimiento de los semina-
 rios de *Misiones extranjeras*, *Lazaristas* y del *Santo Espiritu*.

8. El papa habia transmitido á Napoleon un memorial acerca

de la situación de la Santa Sede y de los Estados pontificios. « Interesando á la cristiandad, escribía Pio VII, que no le falten » medios á su jefe supremo para que pueda llenar los deberes » que le están impuestos para su propia conservación, el papa » no puede mirar con indiferencia estos medios. En su conse- » cuencia Su Santidad conjura al emperador repare en lo posible » tantas pérdidas experimentadas por la Santa Sede, é imite » así la generosidad de Carlomagno. » Napoleon dictó la res- » puesta á esta nota : « Si Dios nos concede la duración de la » vida comun de los hombres, decia, esperamos hallar cir- » cunstancias en que nos sea permitido consolidar y extender » los dominios de la Santa Sede; y ya desde hoy podemos y » queremos darle auxilios y socorro, ayudarla á salir del caos » y embarazos en que la han sumido las crisis de la pasada » guerra, y ofrecer de este modo al mundo una prueba de » nuestra veneracion por el Santo Padre, de nuestra protec- » cion á la capital de la cristiandad, y en fin de nuestro deseo » constante de ver nuestra religion no ceder á ninguna otra en » la pompa de sus ceremonias, en el esplendor de sus templos » y de todo cuanto es imponente á las naciones. »

9. Entretanto Napoleon pedía al papa declarase nulo el matrimonio que su hermano Jerónimo, aun menor, habia contraído en los Estados Unidos con la señorita Paterson. El papa, en respuesta á esta reclamacion, le escribió una carta exponiéndole las doctrinas de la Santa Sede acerca de la indisolubilidad del matrimonio. « Vuestra Majestad, concluye el » papa, debe notar que segun los informes y pruebas que » obran en nuestro poder, no nos es posible pronunciar decreto » de nulidad. No pudiéramos darlo contra las reglas de la » santa Iglesia, y nos es imposible desviarnos de ellas pronun- » ciando invalidacion de un matrimonio que, segun declara- » cion del mismo Dios, ningun poder humano puede disol- » ver. » Esta negativa no detuvo al emperador : hizo anular por los tribunales civiles el casamiento de su hermano, que se casó despues con una princesa de Wurtemberg. Napoleon en el mismo tiempo, y año 1805, hacia ocupar militarmente la

ciudad de Ancona, perteneciente á la Santa Sede. « La orden » que Vuestra Majestad acaba de dar al general Saint-Cyr, de » ocupar con tropas francesas una ciudad de nuestros domi- » nios, escribió Pio VII al emperador, nos ha causado tanta » sorpresa como dolor. No podemos menos de decir que sen- » timos en extremo vernos tratado de un modo que no cree- » mos haber merecido por ningun título. » Napoleon respondió al justamente ofendido pontífice con no disimulada acrimonia. « No solamente soy yo el guerrero del siglo, decia con insolente » altanería; si fuera aun mas dueño de mi posicion, me decla- » raria pontífice supremo; y yo no dejaria *perecer las almas*. » Iba en aumento la irritacion del emperador : llamó al cardenal Fesch y lo retiró de su embajada en Roma, para dársela al protestante y regicida Alquier. El motivo de estos nuevos rigores era negarse el papa á tomar parte en el bloqueo continental. Los principados de Benevento y de Ponte-Corvo fueron de nuevo quitados á la Santa Sede y enclavados en el reino de Nápoles. Napoleon dió Benevento á su ministro de negocios extranjeros, Talleyrand, ex-obispo de Autun; Ponte-Corvo fué dado al protestante Bernadotte, que mas tarde fué rey de Suecia. Hacia el mismo tiempo mandó el emperador al general Lemarrois ocupase Pésaro, Fano, Sinigaglia, todo el litoral del Adriático dependiente del gobierno pontifical. Un cuerpo de tropas francesas parte del reino de Nápoles, marcha sobre Civita-Vecchia, se apodera del fortin y de la ciudadela. Uno de los empleados habiendo preguntado al comandante con qué derecho obraba así? « Vosotros servís á un » principuelo, y yo á un gran monarca; hé aquí mi derecho. » Pio VII dijo entonces á Alquier : « Os prevenimos que si » os quereis apoderar de Roma, negaremos la entrada del » castillo de San Angelo : no haremos ninguna resistencia, » pero vuestros soldados tendrán que romper las puertas á caño- » nazos. La Europa verá cómo se nos trata, y al menos ha- » bremos probado que hemos obrado conforme á nuestro ho- » nor y conciencia. » El 17 de junio de 1806 dió su dimision el cardenal Consalvi, y fué reemplazado por el cardenal Casoni,

anciano de setenta y cuatro años. El gobierno pontifical, vivamente herido de la infeudacion de Benevento y Ponte-Corvo, no enviaba ya mas instrucciones al cardenal Caprara, legado en París, y queria arreglar todos los negocios de la Santa Sede en el mismo Roma.

10. La gloria con que Napoleon ensalzaba á sus armas no le dejaba á la Europa tiempo de tomar en cuenta estas violencias. Ulm, Austerlitz, Iena, Eylau, Friedland, memorables batallas coronadas por el tratado de Tilsitt, el 8 de julio de 1807, le valieron á Eugenio de Beauharnais el vireinato de Milan, y de la Italia setentrional, y á Jerónimo el reino de Westfalia. Se dice que durante las conferencias de Tilsitt, el emperador de Rusia Alejandro I y el rey de Prusia Federico III proponian á Napoleon se declarase cabeza ó jefe de una religion nacional en Francia. Dicese que se negó á sus instancias: sin embargo si no imitó á los gobiernos del Norte en sus sacrílegas usurpaciones de la religion y conciencia de sus vasallos, si conservó al pontífice como jefe espiritual de la Iglesia, se propuso y esperó hacer de él un instrumento dócil de su política, y seducir por este medio á todos los católicos del universo. Veremos lo que le ha de costar haber querido combatir, á su turno, esta Iglesia de la cual está escrito: « Que las puertas del infierno » no prevalecerán contra ella. » Para intimidar á la Santa Sede y facilitar sus proyectos, mandó Napoleon decir á Pio VII: « Toda la Italia es mia por derecho de conquista. Si el papa no » adhiere á mi demanda de echar fuera de sus dominios á los » Ingleses, de cerrarles todos sus puertos y de consignar » todas sus fortalezas á mis tropas, en caso de guerra entre » Francia é Inglaterra, le quitaré su dominio temporal, haré » un rey de Roma, ó enviaré un senador. » — « ¿ Qué puede » hacer Pio VII denunciándome á la cristiandad? escribia Napoleon al virey de Italia, Eugenio Beauharnais. ¿ Poner mi » trono en entredicho? excomulgarme? ¿ Piensa él que enton- » ces se van á caer las armas de las manos de mis soldados? No » le quedará otro recurso que hacerme cortar el pelo, y en- » cerrarme en un monasterio! » Y al propio tiempo la corte de

Francia notificaba oficialmente á la Santa Sede el casamiento de Jerónimo Bonaparte con una princesa de Wurtemberg. En su respuesta, y el papa tenia que darla, ó habia de hablar del antiguo casamiento, ó no. Si no hablaba, era aprobar el nuevo. « Esperamos, escribió, que despues del exámen hecho por » Nos, de las razones que se nos han presentado relativamente » á la nulidad del primer matrimonio, contraido por el príncipe en Baltimore, pueden haberse presentado nuevos y » justos motivos que no se nos hayan expuesto y que nos son » desconocidos, en virtud de los cuales habrá ocurrido la celebración de que Vuestra Majestad nos da parte. Esta esperanza nos sostiene en medio de la amargura é inquietud de » que no podemos dispensarnos, recordando lo que en semejante cuestion y despues de madura deliberacion escribimos » antes á Vuestra Majestad. »

11. El 2 de febrero de 1808, entraba en Roma un ejército francés mandado por el general Miollis; y por la tarde misma el papa hacia poner en las puertas de todas las iglesias de la ciudad la siguiente protesta: « El papa Pio VII no habiendo » podido adherir á todas las demandas que le han sido hechas » por el gobierno francés, porque se lo prohibian la voz de su conciencia y sus sagrados deberes, ha creído deber padecer » las desastrosas consecuencias con que se le habia amenazado » por su negativa, y aun la ocupacion militar de su capital. » Resignado humildemente á los impenetrables juicios del » cielo, pone su causa en manos de Dios; pero no queriendo » por otra parte faltar á la esencial obligacion de garantizar » los derechos de su soberanía, protesta formalmente en su » nombre y en el de sus sucesores contra toda usurpacion de » sus dominios: siendo su voluntad estén y permanezcan intactos los derechos de la Santa Sede. » Fué desarmada la guardia pontifical, y el general Miollis ocupó el castillo de San Angelo. Pio VII declaró formalmente al embajador Alquier, que mientras ocupasen á Roma las tropas francesas, se consideraria como prisionero y que no era posible ninguna negociacion. Los cardenales fueron desterrados y conducidos con es-

coltas á sus lugares patrios. Por decreto del 2 de abril Napoleon habia tomado posesion de las provincias de Urbino, Ancona y Macerata. Entre los motivos de esta usurpacion sacrilega, se leia: « La donacion de Carlomagno, nuestro ilustre antecesor, » del país que forma el Estado pontifical, fué hecha en prove- » cho de la cristiandad, no en el de los enemigos de nuestra » religion. » Estos enemigos eran los Ingleses, á quienes el papa dejaba entrada libre en sus puertos, como á las demás naciones. Por lo demás, Napoleon semejava á Carlomagno como un ladron que toma semeja á un señor generoso que da.

12. Pio VII habia nombrado al ilustre cardenal Pacca su primer ministro. Gobernaba con calma, esperando que la violencia imperial diese el último golpe que meditaba. El 6 de setiembre de 1808 se presentó en la secretaría de Monte-Cavallo un mayor, llamado Muzio, é intimó al cardenal Pacca el decreto de su destierro. Pero el papa, que se presentó en el acto, mandó al oficial declarase al general que estaba ya cansado de sufrir tantos ultrajes é insultos de parte de un hombre que aun se decia católico; que ordenaba al cardenal no obedeciese á las órdenes del general, y que tenia que conservarlo consigo como compañero de cautiverio. El fin del año 1808 fué una larga serie de violaciones del derecho de gentes, protestas y amenazas de nuevas violencias. El 10 de junio de 1809, al estruendo y salvas de la artillería del castillo de San Ángelo fué abatido y quitado el estandarte y pabellon pontifical, y en su lugar se enarboló el estandarte francés. Al mismo tiempo se pregonó al son de clarines y tambores en todos los barrios de la ciudad un decreto de Napoleon que ordenaba la reunion al Imperio de lo que aun quedaba de los Estados romanos. El cardenal Pacca acudió inmediatamente cerca del papa; y al verse, ambos se dijeron como teniendo el mismo pensamiento: *Consummatum est*. En el siguiente dia se halló puesta en las puertas de todas las iglesias de Roma la famosa bula: *Quum memoranda illa die*. « Por autoridad de Dios todopoderoso, decia el papa, » por la de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y por » la nuestra, declaramos que todos los que han cometido en

» Roma y en las posesiones de la Iglesia empresas sacrilegas » contra los derechos temporales de la Santa Sede, todos sus » comitentes, fautores, consejeros ó adherentes; todos en fin » cuantos han facilitado la ejecucion de estas violencias, ó las » han ejecutado por sí mismos han incurrido en *excomunion* » *mayor*, y en caso necesario los *excomulgamos y anatematizamos de nuevo*. » Napoleon no estaba directamente nombrado en esta bula; pero era imposible equivocarse en el sentido de las palabras de Pio VII. El 6 de julio de 1809, invadió el Vaticano una tropa de gendarmes mandados por el general Radet. Estaba el papa con los cardenales Pacca, Despuig y de muchos otros prelados y eclesiásticos de su corte. Radet se presentó ante el vicario de Cristo y le dijo que tenia orden de arrestarlo y conducirlo al general Miollis. « Si Vd. ha creido » deber ejecutar tales órdenes del emperador porque le ha ju- » rado fidelidad y obediencia, Vd. puede pensar con cuánta mas » razon yo debo sostener los derechos de la Santa Sede, á lo » que estamos obligados con tantos juramentos. » Preguntó al general si habia de ir solo: y le respondió que Su Santidad podia llevar consigo á su ministro el cardenal Pacca. Se hizo subir al papa y al cardenal á la puerta de palacio en un coche que cerró con llave el gendarme. Pio VII no iba á casa del general Miollis, sino que tomó el camino del destierro.

13. El papa preguntó al cardenal si llevaba consigo algun dinero: ambos proscritos sacaron sus bolsas, y se halló en la de Pio VII *veinte y dos sueldos* de Francia, y cosa de *diez y seis sueldos* en la de su ministro. « Emprendian pues, dice el » cardenal en sus memorias, su viaje *á lo apostólico*. » Se continuó el viaje por el norte de la Italia, por medio de poblaciones llorosas que se postraban al paso del coche, á despecho de los gendarmes que las hacian retirar. Entró el papa en Francia por Grenoble: allí fué separado de su cardenal Pacca, á quien se le condujo á Fenestrelle, fortaleza en una de las cimas de los Alpes entre el Piamonte y el Delfinado: allí expió tres años y medio el crimen de haber sido fiel á su soberano. Pio VII fué conducido á Savona, donde fué guardado en la

prefectura por una compañía de gendarmes : nadie podia hablarle sin testigos. Napoleon ofreció á Su Santidad cien mil francos por mes para sus gastos : Pio VII los rehusó, y se estuvo confinado en sus aposentos, contentándose con mostrarse alguna vez al pueblo, á quien daba su bendicion. Por lo demás, no se le permitia ni hablar ni escribir sino á la vista de sus guardianes. No convenia que los cardenales quedasen olvidados en la persecucion contra su jefe. Napoleon les hizo venir á todos á París para tenerlos á su disposicion en caso de vacante de la Santa Sede : no se quedaron en Roma sino los que por su mucha edad ó achaques no podian sobrellevar tan largo viaje. Todos los demás fueron traídos á París; Napoleon parece se complacia en darlos como espectáculo á París, y forzarles á asistir á su corte.

14. La conducta de Napoleon iba directamente á un cisma. « Es muy sorprendente, dijo un dia el emperador al abate » Emery, que vosotros que habeis aprendido teología toda » vuestra vida, vos y todos los obispos de Francia, no hayais » hallado un medio canónico para componerme con el papa. » Si yo hubiese estudiado teología seis meses solamente, pronto » lo hubiera desembrrollado todo, porque Dios me ha dado » buen entendimiento. » El emperador juntó una comision eclesiástica, encargada de proveer á las necesidades de las iglesias, y sobre todo de hallar un medio de pasarse sin el papa en la institucion canónica de los obispos. El resultado de esta comision fué una carta dirigida al papa por el cardenal Maury, gran orador pero de vulgar ambicion, que se mostró indigno de la púrpura romana. Maury pedia á Pio VII diese la institucion canónica á los obispos nombrados por el emperador. « Despues de tantas innovaciones funestas á la religion, res- » pondió Pio VII, que se ha permitido hacer el emperador, y » contra las cuales hemos reclamado en vano tantas veces; » despues del destierro de tantos obispos y de la mayor parte » de nuestros cardenales; despues del encarcelamiento del » cardenal Pacca en Fenestrelle; despues de la usurpacion del » patrimonio de san Pedro; despues de habernos visto, Nos

» mismo, asaltado en nuestro palacio, arrastrado de ciudad en » ciudad y tan severamente vigilado que no han podido vernos » los obispos de las ciudades por donde hemos pasado; des- » pues de tantos atentados, ¿ cómo es posible comuniquemos hoy » con su autor? » La energía de esta respuesta dejó muy embarazado al emperador, que veia desbaratados sus cálculos. Sin embargo la comision, compuesta de prelados cortesanos, puso á la vista de Napoleon una memoria en que osaba prodigar elogios á la religion, justicia y celo católico de un soberano que acababa de usurpar el dominio de san Pedro, y que guardaba en cadenas al supremo Pastor de la Iglesia : insinuaba además la acusacion calumniosa, dirigida al papa, de sacrificar los intereses de la religion á intereses puramente temporales.

15. Acerca de otra materia, los mismos obispos observaron una conducta que no les honró mas que la primera. Las victorias de Eckmuhl, Essling, Raab y Wagram habian decidido á hacer la paz de Viena en 13 de octubre de 1809. En tanto que el emperador enviaba á España su hermano José á buscar una corona [que costó la vida á mas de seiscientos mil franceses y que no pudo lograr], á Murat, su cuñado, á reinar en Nápoles, pensaba por su parte repudiar á Josefina Beauharnais. El soldado aventurero queria mezclar su sangre con la de los Césares. El emperador de Austria, Francisco II, consentia en darle su hija, la archiduquesa María Luisa; pero era necesario anular un casamiento legítimo, válido, consagrado por la Iglesia, y que queria romper un capricho de ambicion despues de quince años de union. La comision episcopal, consultada acerca de esto, respondió que siendo imposible el recurso al papa, la causa era devuelta á la oficialidad diocesana, con apelacion á la metropolitana, y en fin á la oficialidad primacial de Lyon. No existia ninguno de los tres tribunales : se crearon pues inmediatamente; y como estaba vacante el arzobispado de París, se proveyó en el cardenal Fesch, que de este modo tenia que juzgar este negocio en los tres grados : como diocesano, como metropolitano y como primado de las Galias. La sentencia de la oficialidad diocesana fué tal como